



Los Dromedarios fueron previamente preparados para la riesgosa operación. /Foto: ANADOLU / Yander Zamora

Bomberos desde el aire

Junto a los helicópteros de las FAR, las aeronaves de la flota aérea de Sancti Spíritus aplicaron cargas de agua para aplacar temperaturas en zonas del incendio de Matanzas

José Luis Camellón Álvarez

La espera fue larga; demasiadas horas mirando desde el aeropuerto de Varadero aquel chorro de humo interminable; oyendo noticias que no hacían más que tensar la ansiedad, las fibras que tejen por dentro el alma del piloto. Habían dejado a Sancti Spíritus el sábado en la tarde, en una partida rodeada de premura, atada a la urgencia de un incendio en la Base de Supertanqueros de Matanzas que en horas puso en vilo al país.

Pasaron un domingo en tierra, con los ojos y la mente en dirección al oeste, vigilando un cielo teñido de humo negro, repasando la ruta de vuelo, imaginando la puntería cuando llegara el momento de descargar el agua sobre las llamas.

Estuvieron otro día con las botas puestas, en guardia combativa al lado del avión, esperando la orden de despegue; para ese entonces las condiciones del incendio no permitían el empleo de las avionetas. Un aparente descanso donde reposa el cuerpo, no la mente, donde la ansiedad queda escondida en el medio del pecho.

Antes de que el grupo volara a Matanzas, el aeropuerto de Sancti Spíritus rompió el sábado 6 de agosto las rutinas, sobrevino un relámpago de trabajo colectivo que solo empleó tres horas para cambiar la variante agrícola y pasar los M-18 a la alternativa de extinguir incendios.

No son novatos; sequía tras sequía se visten de arrojo, se vuelven los bomberos desde el aire en Cuba, porque la flota de los M-18, asentada solo en Sancti Spíritus, es la única que se usa en la isla en operaciones de siniestros forestales.

UNA CANDELA DIFERENTE

Amaneció el lunes, el Grupo Aéreo de Sancti Spíritus, integrado para el combate de las llamas por cuatro M-18 —los famosos Dromedarios—, seguía con las naves cargadas de agua, a la espera en la rampa del aeropuerto internacional Juan Gualberto Gómez, en Varadero; también atentos al ajeteo de los aviones de México y Venezuela, de los cuales bajaban hombres y pertrechos.

La tripulación espiritana, pilotos y técnicos curtidos en el manejo de la aeronave sabían que la orden de despegue podía llegar en cualquier momento. Horas después tuvieron su bautizo de fuego.

Esta vez tenían delante una candela diferente. “Un incendio de carburantes nunca lo habíamos enfrentado, siempre fueron forestales”, narró el piloto Alexei Morales Astencio. “Fue un solo vuelo, despegamos los cuatro aviones, nos acercamos al siniestro en una zona para refrescar un área y evitar que pasara a otras instalaciones, porque en la parte de las llamas grandes no teníamos nada que hacer; luego dieron la orden de permanecer en tierra, porque continuaban las explosiones en los tanques, era peligroso para las naves acercarse allí.

“No hubo tiempo para el miedo ni para pensar en el peligro, la orientación fue bombardear agua para la parte este del incendio y se cumplió. La profesión y la experiencia te preparan para este tipo de evento, para nosotros no es algo nuevo, sí otro tipo de candela; claro, fue impresionante ver un fuego tan grande; estuve en un incendio forestal en la Isla de la Juventud, pero como este, ninguno”, aseguró Morales Astencio.

NO HABÍA ENFRENTADO ALGO TAN TENEBROSO

Enrique Villegas, técnico con 50 años en el oficio es un especialista con el que hay que contar en contingencias como estas. “La intervención que hicieron los aviones salió perfecta, algo de esa magnitud es imposible que no impresione, pero nuestra tarea era sumarnos y agotar todas las vías posibles para sofocar el incendio. He participado en extinciones en bosques, pero nunca me había enfrentado a algo tan tenebroso”, narró vía telefónica.

Al capitán Yosvany Benítez Correa le bastaron segundos para bombardear más de 1 000 litros de agua y contribuir a aplacar la temperatura en una zona de malezas; operación dirigida por un puesto de mando cercano al lugar y que exige “estar concentrado en el trabajo y la aplicación, porque hay efecto del viento, está la turbulencia; sin embargo, afrontamos esos obstáculos.

“Las cuatro aeronaves iban a una separación aproximada de un kilómetro, porque el avión al momento de hacer la descarga hace una maniobra peligrosa y hay que tener seguridad; al principio uno como que se sorprende, pero miedo no sientes, es que estamos entrenados para esta situación”, reveló Benítez Correa.

A Matanzas voló también Ramón Iluminado Pérez, otro de esos capitanes que volvió a vestir el traje de bombero desde el aire, con el aval adicional de ser piloto instructor en la Unidad Empresarial de Base subordinada a la Empresa Nacional de Servicios Aéreos Sancti Spíritus, y “aterizó” sus palabras con la serenidad de 26 años en el oficio.

“Aquí no cabía el temor, solo cumplir la misión que nos dieron y después mantenernos a la orden de un nuevo despegue; puedo decir que un incendio forestal no se parece en nada a lo que enfrentamos; nosotros le entramos por el este al incendio para dirigir el curso del lanzamiento; sí es impresionante cuando sueltas el bombazo de agua porque el avión coge altura rápido, pero bueno, según pasan esos instantes uno va entrando en calor y todo va pareciendo más fácil.

“No es que uno controle el miedo, es que en ese momento no existe, la concentración es muy grande; si aparece, es después cuando volvemos a la pista”, relató horas antes del regreso al territorio en la mañana del miércoles el piloto, quien con su apellido iluminó la solidaridad de Sancti Spíritus con Matanzas.

Seguiré al lado de la noticia

Expresa la periodista matancera Melissa Blanco Déniz, quien logró sobrevivir entre las llamas y el vapor en la Base de Supertanqueros yumurina

Yosdany Morejón Ortega

A Melissa Blanco Déniz la entrevisté por primera vez hace algunos años cuando un colega me comentó que en Matanzas una chica narraba béisbol para la emisora Radio 26 con la maestría y el carisma como si de un consagrado comentarista deportivo se tratase.

Luego me emocioné sobremanera al saber que esa misma chica se había convertido en la primera mujer cubana en narrar boxeo en la televisión nacional al describir por Tele Rebelde algunas de las peleas del Torneo Nacional Playa Girón que se desarrolló el pasado mes de junio en Camagüey.

Y es que nada parecía asustar o detener a una joven cuyo presente y futuro es a todas luces promisorio para nuestra prensa. Escribo “parecía” porque lo vivido por Melissa casi al amanecer del sábado 6 de agosto le detuvo en seco el corazón al sentir una segunda explosión que sacudía las entrañas mismas de la zona industrial de Matanzas.

“Me dirigía a buscar información con las autoridades de la provincia y del país que se encontraban en el lugar para poder actualizar al pueblo de la situación hasta ese minuto. Estaba muy cerca del primer tanque, calculo que a unos 150 metros; sucedió que ese primer tanque volvió a explotar y, dado el calor que ya tenía el segundo tanque, también colapsó”.

Fue así como esta joven periodista de pronto se vio atrapada en un infierno “vivo” y la posibilidad de no salir con vida del lugar se le antojó real en su mente.

Horas antes había dado el paso al frente para reportar desde la base de supertanqueros porque su pasión por el periodismo es tan grande como el Monte Everest. Dijo: “Cuenten conmigo” y eso fue todo, o casi todo.

Bien sabe ella que los millones de cubanos necesitamos de información constante en momentos así de duros, por ello aceptó; aunque sin saberlo experimentar la peor experiencia de su vida.

“No podía creer lo que me pasaba a pocos minutos de llegar al lugar. Tampoco te voy a mentir, temí mucho y si bien antes de acercarme a la zona no preví que algo así pudiera suceder, ya cuando ocurrió la explosión, supe en segundos que si lograba salir sería por puro milagro”.

En medio de las llamas y el calor abrasador el instinto de supervivencia de la joven se activó y corrió tan rápido como le fue posible mientras se decía a sí misma que ese no era su día, que no iba a morir así, que no sería ese su último reporte.

Corría por la vida, pero la onda de ca-

lor y las llamas sofocantes le alcanzaron su cuello, la espalda y las piernas. Parte de la ropa se fundió con la piel quemada, el dolor se le hizo insoportable.

Se vio obligada entonces a mantenerse serena, a no perder la concentración, contaba con escasos segundos de ventaja y jamás titubeó; solo se aferró a aquella cascada de adrenalina que por alguna razón le impedía detenerse.

Esa madrugada vestía pantalón y camisa de mangas largas, así que la parte no cubierta por la ropa recibió el impacto directo de la nube de vapor, lo cual provocó quemaduras de segundo grado en el cuello y en los tobillos.

Melissa interrumpe la conversación, intuyo lo difícil de recordar tan terrible experiencia. Toma un segundo aire y habla entonces del dolor mientras le curan las heridas que son pocas, si tomamos en cuenta la magnitud de la explosión y su cercanía a ella.

“Me considero más que afortunada, de hecho, es un milagro salir viva de un infierno que duele como pocos en la historia del país. Fuimos unos cuantos quienes nos encontrábamos cerca del tanque y, por supuesto, tenemos lesiones, pero seguiremos dando batalla.

“La verdad es que se unieron muchos factores para que pudiéramos escapar; desde el grito de ¡corran! que dio alguien, hasta el hecho de que, después de correr varios metros, pude abordar un vehículo que me sacó más rápido de aquel infierno. Todo esto se unió y, ya ves, pude salir viva”.

Junto a Melissa Blanco Déniz, otros dos colegas de la prensa matancera sufrieron quemaduras ese día al producirse la mencionada explosión en la bahía matancera.

Lyl Jiménez y Rigoberto León —periodista y camarógrafo de TV Yumurí, respectivamente—, se encuentran hoy fuera de peligro y al igual que Melissa están de vuelta en sus casas.

Aunque no conozco a Melissa tan bien, doy por sentado que ejercerá el periodismo con la misma entrega e ímpetu de siempre; aun así, pregunto.

Su repuesta muestra cuánta dignidad y coraje viven en esta alma sencilla: “En medio de situaciones que crean pánico en la población el periodismo se hace más necesario y para ello hay que ir a los lugares y vivir lo que acontece a nuestro alrededor. Tal vez no fui precavida, pero no se trata de hacer un periodismo apasionado, sino de ejercerlo como tiene que ser, fiel a la realidad. Así he sido y seguiré al lado de la noticia. Siempre apostaré por regresar y por volverlo a hacer”.



Me considero más que afortunada, relata Melissa. /Foto: Tomada de su perfil de Facebook